

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval

ISSN 1690-3374 *versión impresa*

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y
Medieval v.4 n.7-8 Mérida ene. 2006

 [Como citar este artículo](#)

Bolívar y las colinas romanas. Un juramento y una tradición polémica

Autores: **Guillermo Pérez Medina y Simón Pérez Medina**

Resumen

El trabajo versará sobre el debate historiográfico que desde hace algunas décadas y hasta hoy se ha suscitado en relación al cuándo y dónde se realizó el famoso juramento. Dejando de lado lo relativo al aspecto cronológico, por cuanto existe un acuerdo casi unánime, nos limitaremos a exponer lo de la parte geográfica, por considerar que es en la existe mayor confusión. Para ello, expondremos las diversas posturas adoptadas por afamados historiadores y la nuestra, con base a las fuentes tomadas de la misma antigüedad y las bolivarianas de los tiempos actuales.

Palabras claves: juramento. monte sacro, aventino, colinas romanas.

Introducción.

Uno de los aspectos más interesantes de la vida de Simón Bolívar fue, sin lugar a dudas, el proceso de toma de conciencia e identificación que en el mismo Libertador se fue gestando desde su juventud respecto de la causa emancipadora americana y que habrá de concretarse en el célebre "Juramento del Monte Sacro", acontecido, según la tradición, en la ciudad de Roma durante el año 1805 y que en definitiva es considerado por muchos como el hecho que marca la incorporación última de Bolívar, a nivel ideológico, en la gesta independentista de principios del siglo XIX.

En torno a este singular acontecimiento aún hoy, doscientos años después, se siguen suscitando controversias referidas principalmente al contexto histórico y geográfico en el cual este se desarrolló. Algunas de las inquietudes más conocidas y foco de grandes disputas historiográficas son el cuándo y dónde de este famoso juramento. Dichas polémicas se han generado a raíz de la falta de información concreta sobre el mismo y, en muchos casos, también por el manto heroico y casi divino que desde hace mucho tiempo ha terminado por cubrir algunos pasajes y personajes de nuestra historia patria. Esta situación ha traído como consecuencia que, pese al número tan grande de obras de investigación histórica y biográfica dedicadas a la figura de Simón Bolívar, no exista un criterio homogéneo respecto, por ejemplo, al Juramento en Roma.

La mayor parte de los estudios que mencionan este singular evento pudieran inclinarse por ubicar al mismo, desde el punto de vista cronológico, alrededor del año 1805, es decir, cerca de media década antes de los importantísimos acontecimientos de Abril de 1810 y Julio de 1811, y con posterioridad a los llamados movimientos pre-independentistas de finales del siglo XVIII. 1805 es considerado, pues, el momento en que el Juramento pudo haber tenido lugar durante uno de los viajes que Bolívar hizo a la vieja Europa. En torno a este "cuándo", autores como Vejarano (1947) difieren notoriamente del año 1805 y consideran que el mismo se ubicaría a fines de 1806, por lo que la fecha tradicional pudiera considerarse inexacta. Otros autores prefieren no polemizar en torno a ello y guardar silencio respecto del tema, llegando incluso al caso, quizá un poco extremo, de considerar que el Juramento no tiene fecha particular por cuanto simplemente este nunca ocurrió, sustentando dicha postura en el hecho de que la mención al mismo es tardía y llena de imprecisiones.

Sea cual fuere el caso y respetando tanto una como otra postura, el objetivo del presente trabajo no es polemizar sobre el "cuándo" ocurrió la promesa de libertad de Bolívar sino dedicarse a indagar y precisar algunas consideraciones sobre el "dónde" del Juramento, es decir, conocer el contexto espacial y el significado de este, lo que, obligatoriamente, nos habrá de conducir a la rica y milenaria historia del antiguo Mediterráneo, específicamente a la península itálica y a Roma, la célebre Ciudad Eterna de las Siete Colinas, pilar fundamental de la civilización occidental.

Sabemos que, al igual que como ha ocurrido con el contexto temporal, el ámbito espacial no ha escapado a la controversia y a la falta de entendimiento. En este sentido existen pluralidad de opiniones que, sin dejar de considerar a Roma como sede del mismo, no concuerdan en lo absoluto sobre el lugar específico de la geografía interior romana en que pudo desarrollarse tal juramento, así, la mayoría de los estudiosos se han inclinado por considerar como escenario de este capítulo de la vida de Bolívar al sagrado Monte Aventino, otros han optado por vincular al Tiber, y finalmente, hay quienes piensan que fue la cumbre del casi desconocido Monte Anio donde aconteció dicho Juramento.

Para aclarar esta situación se hace necesaria una revisión detenida de algunas fuentes latinas, de los mismos documentos bolivarianos, de obras propias de la reflexión historiográfica hasta los tiempos actuales y, sin lugar a dudas, de mapas o cartogramas de la antigua ciudad de Roma, para así poder precisar la ubicación específica del Monte Sacro de la tradición latina y determinar si fue este el lugar que escogió el Libertador para dedicar su vida a la independencia de América.

Aproximación a la realidad histórica del juramento del Monte Sacro

Un aspecto previo a la discusión sobre el lugar donde se escenificó el Juramento es el fijar posición sobre la ocurrencia de este hecho, así el primer punto objeto de reflexión es la determinación de la existencia o no de tal suceso. Al respecto, para los autores de las presentes líneas, no hay duda alguna sobre la veracidad del mismo, por cuánto existe evidencia de ello en una carta fechada en Pativilca, en la costa peruana, el día diez y nueve de Enero de 1824 que dirige el Libertador Simón Bolívar a su maestro Rodríguez y en la que se puede leer lo siguiente:

¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Vd. olvidado aquél día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético, a la misma esperanza que no debíamos tener.

Esta carta es una prueba fehaciente de la historicidad del juramento de Bolívar en Roma por cuánto el protagonista del hecho se está dirigiendo al testigo principal y hasta inspirador de este; así no tendría sentido que el Libertador en esta misiva hiciese referencia a un acontecimiento imaginario que, por inexistente, su maestro Rodríguez no podría recordar; por tanto, la conclusión es clara: Bolívar sí efectuó el Juramento y cerca de veinte años después de acontecido este recordaba la esencia del mismo.

Además de la referencia anterior, Bolívar comentó sobre esta experiencia a otras personas, como al almirante Hiram Paulding, personaje vinculado posteriormente con las fuerzas armadas norteamericanas.

A estas declaraciones del autor del juramento se añade la ratificación de la realización de este suceso por parte de uno de los protagonistas y testigo presencial del hecho, el cual por su seriedad goza de una gran credibilidad, se trata del maestro Don Simón Rodríguez, quién manifestó en el año 1842 la ocurrencia del hecho en comentarios al neogranadino Manuel Uribe Angel, de quién se conoce la última versión sobre el acontecimiento romano en comentarios.

De esto podemos, entonces, concluir que el juramento se dio y el mismo estuvo vinculado a la ciudad de Roma, asociado a su vez al llamado Monte Sacro, cuya ubicación no aparece señalada en las referencias y que debía ser algún lugar de interés para Simón Bolívar.

Este interés pudo haberse derivado del significado que para el futuro Libertador debía tener la ciudad de Roma y específicamente sus colinas. Tal significado debió ser el producto de los estudios que Bolívar hizo, de los cuales seguramente obtuvo sólidos conocimientos sobre la antigua Roma, por cuanto él mismo reconoció haber leído con interés todos los autores clásicos de la antigüedad, como lo declaró en una carta dirigida a Francisco De Paula Santander y fechada en Arequipa el 20 de Mayo de 1825, con las siguientes palabras:

...Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas...

La visita de Bolívar a la ciudad de Roma se enmarcó dentro del segundo viaje que el Libertador hiciera, cual Ulises americano, al viejo continente, durante el cual recorrió variedad de lugares, entre ellos Italia en donde finalmente, luego de visitar ciudades como Milán, Venecia, Bolonia y Perusa, llegó a Roma, en la que se escenificó el célebre juramento. Al respecto es importante reseñar que Europa representaba, para los mantuanos americanos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, un destino casi obligado para la culminación exitosa de su educación y en muchos casos también para el esparcimiento y los compromisos sociales. Lógicamente Roma, con una historia tan prolífica, era para un asiduo conocedor del mundo antiguo y un individuo con un espíritu inquieto como Simón Bolívar, un lugar de obligatoria visita.

Las colinas romanas

Estrechamente ligadas a la historia de tan trascendente ciudad se encontraron siempre sus colinas, las cuales jugaron un papel importantísimo para el poblamiento de esa zona desde tiempos remotos, por cuanto las depresiones adyacentes a las mismas, y muy abundantes en el Lacio, eran lugares pantanosos víctimas de constantes inundaciones por parte de las aguas del Tiber y sus ríos tributarios, que obligaron a los primitivos habitantes a refugiarse en las elevaciones de terrenos, como fueron las famosas colinas que, para los romanos y los que hemos heredado su cultura, se contaron en número de siete.

Sin embargo, tal número realmente no se corresponde con la realidad topográfica de la zona, en este sentido, es mayor el número de elevaciones existentes, a lo cual hay que añadir que algunas de estas colinas presentan varias cimas, que fueron consideradas en algunos momentos, como colinas independientes. Esto permitió que, a lo largo de

los mil años de historia romana, las famosas siete colinas no fueran en su nomenclatura las mismas.

Legado de la tradición son los nombres de: Palatino, Capitolino, Aventino, Celio, Viminal, Quirinal y Esquilino. El primero de ellos, asociado, según la Analística, al proceso fundacional de Roma, que memorablemente se encontró vinculado a los gemelos descendientes de un héroe troiano de nombre Eneas, que en el transcurrir del siglo VIII a.C. fundaron esta ciudad en la margen izquierda del río Tíber, en pleno territorio lacial, y justo en el lugar de donde los mismos fueron rescatados de las aguas a la cuales habían sido arrojados, asignándole, según tal leyenda, un origen extraordinario a estos. Dichos descendientes de Eneas fueron los conocidos Rómulo y Remo. Vale indicar que esta leyenda tiene pluralidad de puntos en común con los relatos de Moisés y Sargón de Akkad, lo que indica que el tema era bastante conocido en diversos lugares alrededor del Mediterráneo, sobre todo en lo concerniente al origen milagroso de los líderes y al salvamento de las aguas, bien del Tíber, del Nilo, o de los ríos mesopotámicos.

Autores como Claridge, (1999) han tocado el tema relacionado con las variantes que las siete colinas presentaron a lo largo de la historia, así esta autora informa que en la fiesta del Septimontium, que significa "siete colinas" y que fue una de las celebraciones más conocidas de la tradición romana, realmente no participaban los habitantes de siete colinas sino de ocho, a saber: Palatino, Velia, Fagutal, Suburra, Cermallo, Opiano, Celio y Cispio. Hacia fines del siglo I d.C. se conocían el Palatino, Esquilino, Aventino, Celio, Quirinal y Viminal, siendo la última posiblemente el Capitolino o el Janículo. Unos siglos después, ya a fines del Imperio, se consideraban como las siete colinas a las siguientes: Celio, Aventino, Colina Tarpeya (Capitolino), Palatino, Esquilino, Vaticano y Janículo. Como vemos en esta evolución, el llamado Monte Sacro, simplemente no es mencionado.

Así, tampoco aparece este entre los nombres de las otras elevaciones de terreno que existían, y entre las que se pueden mencionar: Velia, Velabro, Cispio, Latiaris, Mucialis o Sanqualis, Salutaris, Pincio, Germal y Argileto, este último mencionado por Tito Livio en el Libro I, Capítulo 19 de su Historia Romana.

Un elemento interesante vinculado a estas polémicas colinas es el concepto de "pomerium", el cual fue el recinto original en el que se asentó la ciudad de Roma en sus primeros tiempos. Según la leyenda, Rómulo después de consultar los auspicios, trazó en la cima del Monte Palatino el primer límite de la nueva ciudad, es decir, trazó el lugar de las murallas, las que poseían, según la tradición, un carácter sagrado como lo refiere Plutarco en el libro sobre Rómulo contenido en su magna obra titulada las Vidas Paralelas.

Este "pomerium" delimitó entonces a la llamada "Roma quadrata" y no contempló dentro de su interior a varias de las colinas tiberinas. Con el transcurrir del tiempo y derivado del proceso de expansión territorial de Roma, pese a que el recinto original se mantuvo casi invariable, la ciudad creció y tuvieron que construirse nuevas murallas, ejemplo de ello son las llamadas fortificaciones de Servio Tulio, que en opinión de Jérôme Carcopino, (1993) corresponden realmente a una época posterior, en este caso ubicada alrededor del 378 al 352 a.C., en pleno período de desarrollo republicano.

También vinculado al origen de Roma se encuentra el fenómeno histórico del "sinecismo", entendido como la fusión de aldeas y que hoy día se considera como el origen verdadero de la ciudad eterna. Es relevante indicar que el sinecismo no es un hecho exclusivo de Roma sino que también lo encontramos en la antigua Grecia, asociado con el surgimiento de las polis helenas, como por ejemplo, Atenas, cuya fusión de aldeas fue atribuida al mítico Teseo. Autores como Martín (1975) hacen referencia al mismo en lo que denominan "los poblados originarios" y entre los cuales mencionan la base latina asentada en el Palatino y Aventino, la base sabina en el Quirinal y el caso del Celio en el que posteriormente los derrotados de la ciudad de Alba Longa se ubicaron. A este respecto coincide Rostovtzeff, (1968) al asignarle a la ciudad dos procesos fundacionales, el primero protagonizado por los latinos en el Palatino y el segundo por los sabinos en el Quirinal. Otros autores muy conocidos, como Diakov, (1966) consideran que dentro de ese proceso de sinecismo, en este caso protagonizado por aldeas de pastores, fue el asentamiento latino más septentrional el que terminó comandando el proceso de unificación. Al respecto coincide Altheim, (1961) en lo que él denomina la aparición de la primera colonia latina en el Palatino, que terminaría imponiéndose a varios asentamientos de origen sabino de los territorios circundantes, sobre todo en las colinas llamadas Esquilino, Viminal y Quirinal.

Tal y como se ha esbozado con anterioridad y en vista de que el Sacro no fue un nombre asociado a las colinas originales, se debe entonces considerar el hecho de que en el transcurso de la historia romana a alguna de esas elevaciones de terreno se le adjudicara la condición de sagrada, lo que justificaría que se le conociera bajo la denominación de colina sacra, monte sacro o mons sacrum. En torno a ello sería conveniente responder una inquietud referida a si pudo existir en la historia de la ciudad eterna más de un monte sagrado o si, por el contrario, ese título fue reservado a sólo una colina en particular.

Si revisamos con propiedad la historia romana, encontraremos que esta denominación trascendental correspondería por derecho al Monte Palatino, por cuanto en él se asentó la ciudad fundada por Rómulo, en este caso, según Bloch y Cousin, (1967) justo en el emplazamiento de un poblado anterior de origen arcadio, del cual Roma se convirtió en sucesora y heredera. Así mismo, asociado al carácter sagrado del Palatino aparece el concepto "auguraculum", refiriéndose al lugar donde Rómulo tomó los auspicios y observó los doce buitres que menciona la tradición. También en torno al Palatino, se desarrollaron las fiestas conocidas como "lupercales" que consideraban a la gruta, de donde la loba nodriza había salido para alimentar a los gemelos y que se encontraba en las adyacencias del Palatino, bajo un carácter sagrado.

El célebre historiador Theodor Mommsen, en la conocida obra ganadora del Premio Nóbel de Literatura en 1903, también se pronunció a este respecto considerando que el símbolo sagrado de la ciudad de Roma fue el Monte Palatino por cuanto el mismo era considerado el "mundus", es decir, el lugar donde se depositaron los objetos domésticos y terrones del campo patrimonial romano en sus tiempos primitivos. A su vez esta colina contenía los llamados "escudos de Marte", el santuario del lobo en torno al cual se desarrollaban los lupercales, la morada del sacerdote de Júpiter, la cabaña de Rómulo, la choza de Fáustulos quien fue el pastor que cuidó de los gemelos durante la infancia de estos, y albergaba también el cornejo que Rómulo lanzó desde el Aventino y que ampliamente se desarrolló como base de la identidad romana. Estas posesiones ubicadas en el Palatino, independientemente de

que fueran o no simples invenciones de los romanos de siglos posteriores para darse a sí mismos un origen glorioso y sobrenatural, da a esta elevación del terreno suficientes argumentos para haber sido considerada de carácter sagrado en los tiempos romanos.

Otra colina que pudiese reclamar la condición de sagrada, fue sin lugar a dudas el Monte Capitolino, escenario de significativos sucesos como aquel referido por Plutarco sobre los gansos sagrados del templo de Juno que una noche alertaron a los romanos sobre el ataque inminente de los galos a la ciudad eterna, y que se convertiría en símbolo de la lucha que por la autonomía llegó a librar, en un momento de su historia, la misma ciudad de Roma, para ese entonces fortificada en el Capitolino. Esta colina desde tiempos muy remotos albergaría el templo a Júpiter Óptimo Máximo, considerado la divinidad más importante de la tradición religiosa romana, en cuyo honor, según Tito Livio, se desarrollaron los juegos capitolinos tras la victoria romana sobre los galos invasores, y que unido a Juno y Minerva fueron conocidos como la tríada capitolina, dioses estos cuya existencia está comprobada en la antigua sociedad etrusca con los nombres de Tinia, Uní y Menrva.

Así pues, el Capitolino también puede ser considerado en la historia romana un monte sacro o sagrado, tal y como lo podemos verificar en el mismo Plutarco, en un pasaje que narra el destierro de Marco Furio Camilo, cuyo contenido es el siguiente:

Saludando, pues, a su mujer y a su hijo, se dirigió por la ciudad con gran silencio a la puerta; allí se paró, y vuelto hacia aquella, levantando las manos al Capitolio, hizo a los dioses la plegaria de que si no era justa su difamación y su ruina, sino efecto solamente del encono y de la envidia.

El carácter sagrado de la colina Capitolina se desprende también de las palabras de Tito Livio, (V,39) en las que considera al:

... Capitolio, morada de los dioses...

En este orden de ideas, la asignación del carácter sagrado a ciertas colinas romanas por tradiciones míticas o por la presencia de cultos organizados puede encontrar respaldo y ejemplo en obras como "Las Leyes" del famoso Marco Tulio Cicerón, el cual llegó a mencionar el carácter trascendente de toda la ciudad y la abundancia de altares a lo largo y ancho de sus colinas, siendo nombrados por el autor algunos núcleos culturales considerados incluso hasta detestables, como por ejemplo el Altar de la Fiebre sobre el Palatino y el de la Mala Fortuna en el Esquilino. Al respecto escribe Tito Livio (V, 52) las palabras que dirigió el anteriormente mencionado Marco Furio Camilo, acompañado de los miembros del Senado, ante la Asamblea:

¡Cómo, oh romanos! ¿Veis los extraordinarios efectos del culto o del desprecio a los dioses en las cosas humanas, y cuando apenas hemos escapado a este primer naufragio de nuestras faltas y desgracias, no veis el precipicio al que corremos de nuevo? Tenemos una ciudad fundada sobre la fe de los auspicios y de los augurios: ni un solo punto hay en ella que no esté lleno de los dioses y de su culto...

Igual sucede con el Monte Aventino, en el cual, relata la tradición, se asentó el templo a Ceres, Líber y Líbera, tríada rival de la capitolina antes mencionada. Esta tradición también asociará el Aventino con los posteriores cultos realizados a la diosa Diana. Es de resaltar que el Aventino tendrá una gran vinculación con las distintas insurrecciones plebeyas que se dieron en Roma a lo largo de los siglos y que se encuadran dentro de las luchas de estos contra los patricios por reivindicaciones de diversa naturaleza. Terminando entonces el monte Aventino siendo asociado a esas luchas plebeyas adjudicándosele el título de Monte de los Plebeyos o Monte de la Libertad que confirió el carácter sagrado al mismo.

Es importante precisar algunos elementos respecto de esas luchas plebeyas que terminaron convirtiendo a esa colina romana en otro monte sacro o sagrado. El primero de estos elementos es el origen de los llamados plebeyos de Roma, así al respecto existen varias opiniones: una de ellas los considera como extranjeros llegados a la ciudad en una época posterior a su primera organización, y otra sostiene que su origen se encuentra en las poblaciones sometidas tras la expansión del núcleo originario romano. Sea cual fuere el caso, esos grupos plebeyos se enfrentaron de manera progresiva a los sectores dominantes de esa sociedad, comúnmente llamados patricios.

En el transcurso de estas luchas, que sobre todo se escenificaron en los primeros tiempos de la República, se aprecia una gradual asociación del elemento plebeyo con el monte Aventino, en el cual se reunía el pueblo para desafiar a la misma ciudad de Roma bajo la forma de continuas sediciones, las más importantes de ellas ubicadas entre el 494 y 392 a.C. Vale indicar que existen opiniones como la de Kovaliov (1964) quien considera que los acontecimientos del 494 a.C. no ocurrieron realmente, por lo que asigna un inicio posterior a los conflictos entre patricios y plebeyos en Roma.

Las sediciones de los plebeyos tuvieron como base la creación, según Altheim (1961), de una comunidad de conjurados asociada al concepto de Lex Sacrata que, en opinión de Diakov (1966), dio origen al llamado "batallón sagrado" que, invocando la protección de Ceres, desfilaba por la puerta Colina al este de la ciudad para acampar fuera del perímetro de la misma. El título de Colina Sagrada sobre el Aventino vendría dado, entonces, por la consecuencia histórica de estos conflictos y que no fue otra que la obtención gradual de derechos para la plebe y la consagración de la protección de estos bajo la institución del Tribunado, de naturaleza sacro santa e inviolable y con derecho de veto dentro del Senado romano.

Sobre este particular se pronuncia Tito Livio (II,33) en los siguientes términos:

Tratóse en seguida de los medios de concordia, decidiéndose que el pueblo tuviese sus magistrados propios; que estos magistrados serían inviolables; que la defenderían contra los cónsules y que ningún patricio podría obtener esta magistratura. Creáronse, pues, dos tribunos del pueblo, C. Licinio y L. Albino, nombrando éstos tres colegas, entre los que se encontraba Sicinio, el jefe de la sedición, no estando conformes los escritores en cuanto al nombre de los otros dos. Pretenden algunos que solamente se

crearon dos tribunales en el monte Sacro y que allí también se dio la ley Sagrada.

Esta fuente indica la gravedad de las sediciones plebeyas junto a la solución de los conflictos sociales que consistió en una serie de medidas a favor del bajo pueblo, entre las que cabe mencionar una de las más importantes: la creación de una nueva magistratura que fue el Tribunal de la Plebe. La aparición de tal magistratura y la votación de su carácter sagrado tiene como escenario al llamado monte Sacro y es por esto que surge la siguiente interrogante: el Aventino era sagrado, pero ¿fue en definitiva el Aventino el llamado monte Sacro de la tradición latina como muchos autores afirman hasta hoy día?

Las opiniones de los autores difieren a este respecto. Así, existen quienes piensan que sí hay identidad o correspondencia entre el Monte Aventino y el Sacro, tal es el caso de Altheim, (1961).

Otros aceptan la posibilidad de que con el transcurrir del tiempo el Aventino por encima del resto de las colinas, incluido el monte Sacro, se convirtiese en el elemento emblemático de las luchas plebeyas, como es el caso de Filippi, (1987). Este último argumenta tal idea de la siguiente forma:

Ante todo pues, ¡que el Mons Sacer haya sido la sede de la primera secesión es la versión más divulgada, pero no es la única! Tan es así que como es sabido se registran al menos dos secesiones ulteriores, una en el 471 a.C. y otra en el 287 a.C. las cuales, en cambio, son precisamente referidas al Monte Aventino, que en esa época ya formaba parte podríamos decir constitucionalmente de la ciudad (dado que se hallaba situado dentro de las murallas de Servio) aún cuando sociológicamente seguía siendo campo (puesto que estaba fuera del pomerium).

Mientras no aparezcan elementos nuevos hay que reconocer pues, como lo hace Guarino, que "la tradición por lo tanto permanece incierta respecto al lugar de la secesión; empero, de que la secesión de los plebeyos haya ocurrido en el Aventino y no en el lejano Monte Sacro se puede considerar casi al límite de lo seguro." Por lo demás, vale recalcar que "los plebeyos residentes en cada una de las tribus de Roma escogieron al Aventino como lugar de convención revolucionaria justo porque el Aventino los ponía materialmente en contacto con los exponentes del mundo latino extraquirario". No es casual entonces agrega Guarino que los plebeyos hayan escogido como punto de asentamiento de sus instituciones religiosas y políticas justamente el Aventino.

Es interesante esta cita por cuanto el autor se pronuncia a favor de que fue el Monte Aventino el escenario principal de las insurrecciones plebeyas, sin embargo, acepta expresamente el hecho de que el monte Sacro y el Aventino constituyen lugares diferentes. Esta misma posición es sostenida por Martín, (1975) Diakov, (1966) y Piganiol, (1961), este último mencionando que las retiradas plebeyas pudieron haberse dado hacia el Aventino o hacia el Sacro, ubicado más allá del Anio.

Sobre este punto es válido mencionar la versión del célebre Tito Livio, (III,52) quién apunta lo siguiente:

Persuadidos por los consejos de M. Duilio, antiguo pretor, de que no conseguirían nada prolongando las negociaciones, el pueblo pasó del Aventino al monte Sacro. Duilio les decía que mientras no abandonasen la ciudad, no inspirarían inquietud alguna al Senado; el monte Sacro debía recordarle la constancia del pueblo y comprendería que solamente el restablecimiento del poder tribunicio podría traer la concordia. Partiendo por la vía Nomentana, llamada entonces vía Ficulense, establecieron el campamento sobre el monte Sacro imitando la moderación de sus padres y sin entregarse a ninguna violencia.

De las anteriores palabras de tan insigne historiador antiguo, se puede concluir que tanto el monte Sacro como el Aventino eran considerados en la misma Roma como lugares diferentes, a pesar de la existencia de argumentos para sostener que el Aventino y algunas de las otras colinas eran montes sagrados.

Otra idea que se desprende del texto citado es que el monte Sacro se encontraba fuera de la ciudad, hacia el Este por la vía Nomentana, que para autores como Diakov, (1966) era un lugar ubicado a tres mil pasos más allá de las murallas de Roma.

Si tomamos como válidas las referencias anteriores, podemos ubicar el escenario de los primeros movimientos plebeyos en Roma hacia los territorios campesinos extra urbe adyacentes al río Anio, hoy llamado Aniene, y que es un accidente hidrográfico tributario del Tíber. Las características de esta zona no son explicadas detenidamente en las fuentes, sólo se puede inferir que pudiera tratarse de algún pequeño promontorio cercano al río en cuestión que no apareció en las representaciones cartográficas de la Roma antigua, bien porque no era parte de la ciudad o porque sencillamente no tenía gran trascendencia en cuanto a su altitud o extensión.

Sirve indicar, además, que Diakov, (1966) al referirse al lugar ubicado a tres mil pasos de las murallas de la ciudad indicado con anterioridad, menciona de forma expresa que el monte en comentarios "recibió posteriormente el epíteto de sagrado" lo que significa que originariamente este no era el nombre de esa elevación y que como bien dice el autor el término sagrado o sacro era solo un "epíteto". Esta misma opinión sostiene Raygada, (1983) quien afirma que el monte Anio fue conocido como monte Sacro desde los tiempos de Manio Valerio, llamado "Maximus", personaje asociado a las reivindicaciones plebeyas.

Este monte Sacro era según Fustel de Coulanges, en su magna obra "La Ciudad Antigua", (1974) un territorio ubicado fuera del "ager romanus", cuya característica más relevante era el aislamiento del mismo, elemento este que pudo haber sido uno de los factores que influyó en el ánimo de los plebeyos cuando buscaban un lugar fuera de Roma a donde dirigirse y establecerse. Así pues, el denominado "mons Sacrum" correspondía en su localización a la periferia Este de la Roma originaria y tuvo como nombre asociado el del Anio.

La colina donde juró Bolívar

A lo largo de las páginas anteriores se ha podido observar que la discusión sobre el lugar donde juró Bolívar la libertad de América es alimentada por el hecho de que no ha existido un criterio homogéneo sobre las colinas romanas desde la misma antigüedad. A esto se añade que tampoco ha habido uniformidad de opinión acerca de la elevación concreta sobre la que juró el Libertador: así unos han afirmado, la mayoría, que fue el Aventino el escenario de tal hecho; el almirante Hiram Paulding, por su parte, se pronunció por el Palatino; y una tercera teoría sostiene que fue en el Sacro. La polémica se ha agudizado por la confusión acerca de cual es este monte en concreto, por cuanto, como se ha visto, varias colinas de Roma eran consideradas sagradas, al mismo tiempo que no era el nombre original de ninguna de las elevaciones de la ciudad de Rómulo y sus alrededores, como se ha demostrado anteriormente.

Ahora bien, la teoría de Paulding favorecedora del Palatino no tiene un gran asidero, hasta el punto de que algunos autores como Lecuna, seguido por Filippi, consideran que es un error afirmar que fue este monte el escenario del juramento, para ello se basan en un argumento consistente en la facilidad de acceso al lugar por las vías de comunicación existentes en esos días, tales como se pueden observar en los cuadros y grabados de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

La postura de los autores de este trabajo respecto de la tesis del Palatino es considerarlo como un monte sagrado de la Roma antigua que no pudo ser el escenario del célebre juramento, por cuanto Simón Bolívar y el maestro Rodríguez no lo mencionan en sus cartas y hablan, específicamente, del Monte Sacro como el lugar donde se desarrolló tan singular acontecimiento; además, el Palatino, a pesar de su condición de sagrado, no fue conocido bajo el título de "Sacro" por autores clásicos, como el célebre Tito Livio, leídos por el Libertador; de allí que sea muy difícil que Bolívar y Simón Rodríguez hayan considerado al Palatino como el monte Sacro.

En cuanto al Aventino, si bien es cierto que gran cantidad de autores se han pronunciado a favor de este, vale indicar que, a pesar de que también reunió elementos suficientes para ser considerado sagrado, muchos otros no lo toman como el monte Sacro, sino que establecen una expresa diferenciación entre este y el Aventino, posición que siguió Tito Livio y que seguramente fue conocida no sólo por el Libertador sino también por su maestro Rodríguez, por consiguiente, no sería lógico que estando al tanto de tal situación se hubiesen referido al Aventino como el Monte Sacro.

La última teoría sostiene que es el monte Anio, ubicado más allá del río que lleva este mismo nombre, el verdadero lugar en que ocurrió el juramento de Bolívar. La consideración de esta elevación como monte Sacro la defiende, en el ámbito de los historiadores latinoamericanos, Raygada entre otros, quien argumenta que en el marco de las luchas patricio plebeyas se le concedió al Anio la denominación de "Sacro". Esta teoría coincide con el pensamiento de ilustres estudiosos de la historia romana, en este sentido Diakov afirma que la elevación, al Este de Roma, a la cual se dirigieron los plebeyos en el marco de sus luchas, fue llamada posteriormente a estos sucesos "monte Sacro".

Por último, esta tesis tiene un sólido fundamento, por cuanto Tito Livio, (II, 32) autor clásico, que como se ha indicado fue conocido por el Libertador y su célebre maestro, afirma en su Historia Romana

... Pero como les hicieron comprender que el crimen no podía destruir un compromiso sagrado, los soldados, por consejo de un tal Sicinio, y sin orden de los cónsules, se retiraron al Monte Sacro, al otro lado del río Anio, a tres millas de Roma...

Entonces, los argumentos aludidos anteriormente constituyen un sólido fundamento a favor de esta última hipótesis acerca del lugar del juramento bolivariano.

Por último, es necesario tratar algunos aspectos de lo relatado por Simón Rodríguez acerca del hecho objeto de los presentes comentarios, quién, según el neogranadino Uribe Ángel, afirmó:

En Roma nos detuvimos bastante tiempo. Un día, después de haber comido, y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del monte Sagrado.

Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos de copiosa transpiración a la parte culminante de aquél mamelón. Llegados a ella, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo...

Lo primero que llama la atención es el hecho del cansancio y copiosa sudoración que experimentaron Bolívar y sus acompañantes producto de la caminata para llegar al monte que el mismo Rodríguez llama "monte Sagrado", lo cual obviamente no fue solamente producto del intenso calor, sino que a esto debió sumarse la distancia que debieron recorrer, y a pesar de que en el pasaje no se hace referencia alguna de la extensión que recorrieron, ni del sitio de que partieron ese día, no hay que olvidar que el monte Anio era un lugar que según las fuentes clásicas y los historiadores de la antigüedad se encontraba un poco alejado.

Por otra parte, no puede ser utilizada como argumento en contra de la tesis del Anio, la afirmación de Rodríguez acerca de que en el lugar del juramento se sentaron sobre un trozo de mármol blanco que lleva a pensar que era un paraje construido en la antigüedad, lo cual chocaría con la caracterización del monte Sacro, durante las luchas patricio plebeyas, que lo presentaban como un enclave aislado y no poblado. Al respecto hay que recordar que tales luchas se escenificaron durante la época republicana cuando todavía Roma no había alcanzado todo su esplendor y poderío, así en los siglos siguientes esta ciudad fue creciendo hasta llegar a ser una urbe muy poblada, al punto de que algunos hablan de un millón de habitantes en época imperial, lo que necesariamente lleva a concluir que la ciudad de Rómulo se extendió por los lugares circundantes llegando a ocupar en los siglos posteriores una serie de territorios que para los días republicanos eran simplemente espacios deshabitados.

Además, no hay que olvidar el hecho de que las construcciones con mármol se corresponden en su mayoría a los días

del Imperio, tal como afirmó el mismo Augusto quién dijo haber recibido una Roma de madera y haber entregado una Roma de mármol.

Un tercer elemento que nos lleva a la reflexión es la posible confusión generada en torno a las palabras de Rodríguez, por cuanto él habló acerca de unos montes de muy baja altura y tal vez la tradición de la existencia de sólo siete colinas haya llevado a algún pensador a buscar dentro de éstas al lugar en que juró nuestro Libertador Simón Bolívar.

Conclusión

El análisis de las fuentes de la antigüedad consultadas no deja lugar a dudas acerca del sitio en que Bolívar realizara el juramento. Pese a la confusión que en las mismas fuentes existe sobre la denominación de "sacro" a diversas colinas, que conllevó al mismo barullo a distinguidos historiadores venezolanos, la versión más acreditada de todas es la de Tito Livio, autor al que conoció el Libertador y que como citamos, señala el monte sacro cerca del Anio, tal como refirió Don Simón Rodríguez a Manuel Uribe Ángel y éste transcribiera en su relato del juramento.

Referencias bibliográficas

1. AGUILAR (1979). Gran Atlas Enciclopédico. Italia. No. 7. Aguilar. Madrid.
2. ALTHEIM, Franz (1961). Historia de Roma. UTEHA. México.
3. BLOCH, Raymond y Jean Cousin (1967). Roma y su destino. Labor. Barcelona
4. BOLÍVAR, Simón (1985). Doctrina del Libertador. Fundación Biblioteca Ayacucho. Caracas.
5. CARCOPINO, Jérôme (1993). La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio. Temas de Hoy. Madrid
6. CICERÓN, Marco T. (s.f.) De las Leyes. Tor. Buenos Aires
7. CLARIDGE, Amanda (1999). Roma. Guía Arqueológica. Acento. Madrid
8. DE COULANGES, Fustel (1974). La ciudad antigua. Porrúa. . México
9. DIAKOV, V. (1966). Historia de la Antigüedad. Roma. Grijalbo. México.
10. FILIPPI, Alberto (1987). El Libertador en la historia italiana: Ilustración, "Risorgimento", Facismo. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
11. FUNDACIÓN LA CASA DE BELLO (1992). Simón Rodríguez. Ediciones La Casa de Bello. Caracas.
12. KOVALIOV, S. (1964). Historia de Roma. Futuro. Buenos Aires
13. MARTIN, Jean-Pierre (1975). La antigua Roma. EDAF. Madrid.
14. MOMMSEN, Theodor (1983). Historia de Roma. Turner. Madrid.
15. PIGANIOL, André (1961). Historia de Roma. EUDEBA. Buenos Aires.
16. PLUTARCO (1952). Vidas Paralelas. El Ateneo. Buenos Aires.
17. ROSTOVITZ, M. (1968). Roma. De los orígenes a la última crisis. EUDEBA. Buenos Aires.
18. TITO LIVIO (1955). Historia Romana. El Ateneo. Buenos Aires.
19. URIBE WHITE, Enrique (1967). Iconografía del Libertador. Lerner. Bogotá.
20. V.V.A.A. (1983). Bolívar 1783-1983. Bloque Dearmas. Caracas.